



**Por Raquel Roca
(extracto inédito del libro
"El poder del Carisma. Cómo ser
irremplazables (e inolvidables) en la Era
de la IA" LID Editorial)**

Inteligencia artificial vs. inteligencia humana. Cómo ser humanos premium en la era sintética

Los desafíos son numerosos y las disrupciones brutales. Ya conocemos muchos de estos retos: la inteligencia artificial, la computación cuántica, la realidad aumentada (AR), la realidad extendida (XVR), la computación espacial, etc. Pero ¿qué sucede cuando todas estas tecnologías convergen, se encuentran en todas partes y afectan a todo a la vez?

La respuesta es lo que algunos futuristas ya llaman la Era del Sintoceno, una nueva etapa de la evolución humana caracterizada por una inteligencia humana (IH) superamplificada. Impulsada por la inteligencia artificial, sí, pero también por una multitud de herramientas de próxima generación que desafían positivamente lo que significa ser humano, el porqué y el cómo.

Esta convergencia no solo desafía lo que significa ser humano, sino que también redefine cómo interactuamos con nuestro entorno, cómo tomamos decisiones y cómo vivimos nuestras vidas.

La Era del Sintoceno es, en esencia, una era de humanidad ampliada en la que la IH se ve potenciada por una combinación sin precedentes de tecnologías avanzadas. Esta era trae consigo desafíos significativos, como la necesidad de redefinir la ética, la privacidad y la seguridad en un mundo donde la tecnología está cada vez más integrada en todos los aspectos de nuestras vidas. Sin embargo, también ofrece oportunidades increíbles para



innovar, mejorar la calidad de vida y crear un futuro más conectado y colaborativo.

Las habilidades cognitivas humanas adquieren una relevancia renovada y crucial. El mundo nos necesita más humanos que nunca.

¿Puede una máquina replicar la empatía, la creatividad y la intuición humana? La inteligencia artificial ha mostrado capacidades asombrosas e inquietantes desde sus inicios: tiene la habilidad de aprender, adaptarse y superar desafíos complejos.

Hoy en día, el término inteligencia viene acompañado del adjetivo artificial. La gran pregunta es: a medida que los humanos aprovechamos toda esta serie de tecnologías avanzadas, ¿cuáles son las perspectivas para la IH? Porque esta es la que está en juego.

La buena noticia a la pregunta inicial es que NO. En mayúsculas. La máquina ni siente ni padece, ni por ella ni por ti ni por nada. Uno de los retos más importantes a los que deben enfrentarse los programadores, ingenieros y diseñadores es tratar de replicar —insisto, replicar— la sutileza, empatía, creatividad e intuición humana, ya que estas son expresiones de las emociones, experiencias de vida y capacidad de comprensión compleja del mundo de los seres humanos.

Lo inanimado puede parecer que tiene un sentimiento, pero no sentirlo. Puede copiar y mezclar cosas que ya creó previamente un humano y que nos



parezcan arte, pero ni imagina ni sueña y por tanto no crea. Y desde luego no tiene consciencia ni intuición ni deseo alguno de trascendencia. No es nada de esto porque es una cosa. Un invento humano. Como el fuego, la rueda, Internet, un lavavajillas o una tostadora. Maravillas más o menos sofisticadas que nos hacen la vida más fácil y mejor —bien utilizadas—, pero instrumentos, herramientas y cosas útiles, al fin y al cabo.

Por eso no se la puede temer. Ni demonizar. Esto no va de humanos contra máquinas, sino de nosotros contra nosotros mismos.

Sencillamente, no menospreciemos el poder revolucionario de la tecnología. Un título de cualquier universidad de élite, un perfil de 10 en LinkedIn e incluso un salario de seis cifras no son escudos contra la obsolescencia en esta era digital acelerada. Y aunque hay que estar digitalizados, por supuesto, el secreto para no ser sustituidos por la inteligencia artificial reside en nuestro carisma, profundo y riquísimo concepto que aún los atributos irreplicables por la máquina. Las herramientas tecnológicas no deciden nada: ni el tiempo que inviertes en Instagram ni si prefieres ver cien vídeos a leer un libro o mandar un mensaje en

vez de hablar, o si tú redactas el texto de tu informe o dejas la elección al copy artificial; están al servicio de lo que tú quieras hacer con ellas.

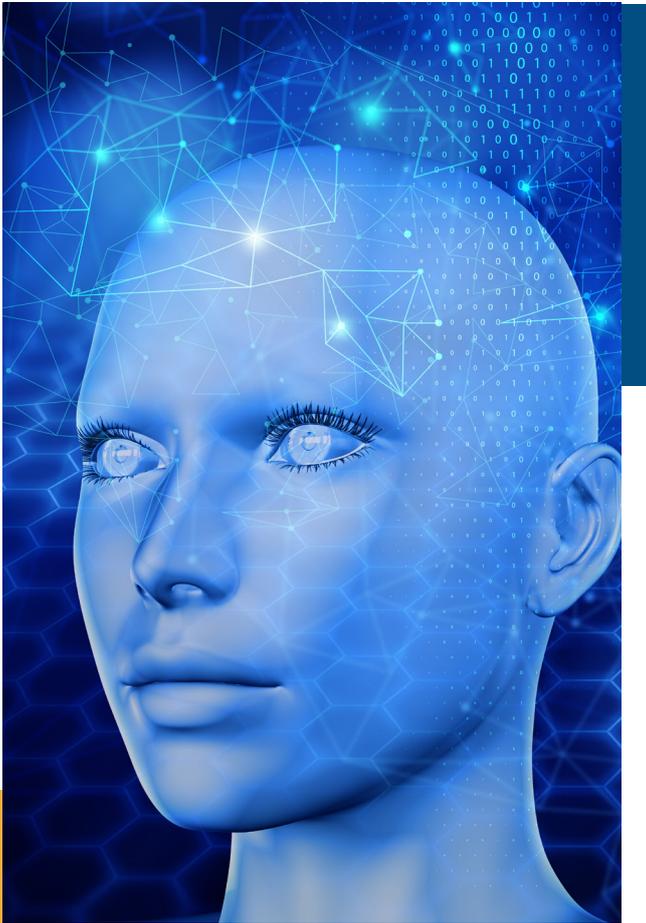
Por eso creo firmemente que esto no va de máquinas vs. humanos, sino de cómo integramos la tecnología en nuestra biología para ser suprahumanos. O todo lo contrario. Si no queremos hacernos más pequeños sino más grandes e insustituibles, esto pasa por no perder de vista nuestra humanidad. Por respetar nuestros dones biológicos y nuestras aptitudes cognitivas: creatividad, pensamiento crítico, comunicación, asertividad, imaginación, conexión neuronal, encanto, don de gentes, amabilidad, agilidad mental, etc. El uso adecuado de la tecnología para mí debería ser para aumentar nuestras capacidades (por ejemplo, ahorrando tiempo donde no aporte valor), pero no para atrofiar a medio y largo plazo nuestro potencial.

Ahí es donde veo si percibo el riesgo de sustitución. Por la máquina, o por otro humano que no regaló sus dones porque jamás los dejó de mejorar.

La economía de la experiencia (y heurística del esfuerzo)

Por eso se habla desde hace tiempo de la revalorización de la heurística del esfuerzo. Cuanto más evidente sea el esfuerzo humano que hay detrás de algo, mayor es su valor percibido. Como explica el experto en economía Adam Waytz en *The power of human*, preferimos los productos y experiencias que suponen una implicación humana evidente... aunque el resultado sea el mismo que el conseguido por una máquina.

Y si además sé que esto lo has hecho pensando en mí (economía de la experiencia), de manera customizada, con cariño, cuidando las materias primas, etc., la satisfacción del cliente se triplica. Por eso hemos oído tantas veces lo abandonada que se siente la gente cuando va a un hotel donde nadie la atiende (desde el autocheck in hasta el servicio de limpieza gestionado por robots, como en Japón), al igual que nos desespera el bot de turno cuando estamos en una llamada en la que necesitamos asistencia y el «¿quiere que le transfiera con un operador?» suena a gloria bendita en nuestros oídos. «Sí, por favor. Transfiéreme con alguien que no necesite mejorar su prompt para



entender el problema y darme una solución, gracias».

Por eso, para no ser irrelevantes, aprendemos de alguna manera a teatralizar experiencias enriquecedoras y cautivadoras. Dejar huella es visibilizar esa labor humana, conectando con otros humanos desde donde mejor nos entendemos: los intangibles, como el deseo, la intuición o la emoción.

Ser carismático es tener la capacidad de ofrecer un valor extraordinario, emocional, que va más allá de la funcionalidad. Es conectar con los deseos y sueños del cliente, compañero o consumidor.

El valor extremo de algo se construye en torno a intangibles.

Por eso el profesional carismático, capaz de equilibrar todos los ingredientes que conforman su poder biológico, y que potencia su Inteligencia Adaptativa para ir encajando y sacando provecho a los distintos avances y movimientos de la vida, se convierte en el mundo de los negocios —haciendo un juego de palabras con la terminología actual de los e-commerces— en un humano premium.

Aunque más que humanos premium, que nos cosifica demasiado, usemos mejor un clásico: el concepto de humano expandido. Expandido porque el futuro será para quienes fusionen y magnifiquen lo mejor de ambos mundos: lo biológico que nos viene de serie y lo artificial. ¿Estamos preparados?